

INTRODUCCIÓN

Mabel Moraña

Conflictivo, múltiple y cambiante, el campo del latinoamericanismo es, sin lugar a dudas, tan rico y problemático como las realidades a las que se refiere. La historia de su surgimiento, desarrollo y transformaciones está estrechamente ligada a las etapas por las que atraviesan las sociedades y las culturas que emergieron del colonialismo y que se reinventaron sucesivamente desde la independencia a nuestros días. Asimismo, el campo está marcado por las relaciones internacionales e interdisciplinarias que, con distintas motivaciones, definieron a esas culturas como objeto de estudio. Campo de luchas por el derecho a la representación, espacio intelectual y académico y ámbito en el que se despliegan prácticas que expresan identidades, procesos y proyectos colectivos, el latinoamericanismo no puede ser concebido de espaldas a la cuestión política ni desprendido de las condiciones económicas y sociales de producción cultural.

Estudiar las culturas latinoamericanas es adentrarse en una red intrincada de construcciones simbólicas transmediáticas, donde los niveles de la “alta” cultura, la cultura popular y la cultura de masas se combinan y desafían mutuamente. De estas dinámicas surgen productos híbridos que revelan las diversas tradiciones de las que emergen y las innumerables propuestas estéticas que resultan de esas articulaciones. Esta pluralidad da evidencia, además, de la multiplicidad de públicos que recibe el producto cultural, de la variedad de sus expectativas y preferencias estéticas, y de la compleja red de mensajes ideológicos y políticos que canaliza la creación cultural en cualquiera de sus formas.

Recogiendo y redefiniendo constantemente influjos y corrientes de muy variadas procedencias, la cultura latinoamericana expone siempre las huellas de la opresión y de la dependencia y, al mismo tiempo, las marcas de la resistencia y de la innovación permanente. Al mismo tiempo, estos procesos culturales no son ajenos a las nuevas tecnologías que afirman la

primacía de lo visual, la importancia del cine, la música y la *performance*, la influencia del discurso político, la publicidad, las formas digitalizadas y la proliferación de los géneros literarios considerados hasta hace poco “menores”, como la novela policial o sentimental, la narco-literatura, la literatura fantástica, de terror o de ciencia ficción, así como las inclasificables producciones que derivan de la cultura cibernética.

Con los impulsos integradores de la globalización y con las nuevas formas de exclusión que esta genera, la pregunta sobre las fronteras y redefiniciones del latinoamericanismo vuelve a plantearse expresando, entre otras, las siguientes preocupaciones: ¿qué lugar ocupan las agendas locales y regionales en el contexto de la globalidad? ¿Es todavía posible contemplar en el análisis la especificidad histórica y social de la que surge la producción cultural o, por el contrario, los estudios culturales deben sustituir definitivamente el *modus operandi* de los estudios de área por aproximaciones orientadas hacia el tránsito transnacionalizado y transhistórico del producto simbólico? ¿Es la especificidad cultural negociable o, contrariamente, un dato irrenunciable para la interpretación de la textura social de nuestro tiempo? ¿Cómo se proyectan las nuevas perspectivas crítico-teóricas hacia el estudio de épocas anteriores sin caer en anacronismos y sin forzar la máquina interpretativa?

Dimensiones del latinoamericanismo ofrece un conjunto de artículos que introducirán al lector a la pluralidad de temas y aproximaciones crítico-teóricas que atraviesan hoy por hoy el campo diversificado de los estudios literarios y culturales que se ocupan de América Latina. En estos ensayos se advierte, además de la variedad geo-cultural que los informa, la voluntad de realizar una contribución que permita repensar cada uno de los tópicos abordados a nueva luz, atendiendo al panorama inestable y desafiante de nuestro tiempo. Ninguno de los artículos de este libro se limita a realizar una lectura *más* de obras o periodos, movimientos, autores o problemas ya suficientemente establecidos como parte del corpus literario latinoamericano o de las culturas que los producen. Tampoco ha guiado estos estudios una metodología tradicional o planamente comparativa, ni un método hermenéutico orientado hacia el desciframiento estilístico de textos representativos. Más bien, estos trabajos parten de preocupaciones concretas de orden ideológico, ético, filosófico, político o estético que encuentran en las obras o en las prácticas culturales analizadas formas simbólicas que remiten, mediatizadamente, al conflicto social y a la trama de la subjetividad colectiva. Estos posicionamientos críticos han sido convocados para este volumen como aproximación a los distintos periodos de la historia cultural de América Latina, etapas que los autores de estos trabajos están contribuyendo a redimensionar a partir de interpretaciones innovadoras, rigurosas y atentas a los debates de nuestro tiempo. En efecto, nuestra época está

marcada por el descaecimiento de muchas concepciones anteriores y por la urgencia de realizar cambios radicales en las formas de ejercer y concebir el saber y la acción cultural sobre todo en áreas periféricas.

Es para todos evidente que la escena global que se despliega en las primeras décadas del siglo XXI resulta particularmente compleja y, en muchos sentidos, desconcertante: una espiral donde poderes despersonalizados y formas inéditas de violencia política, económica y social, cancelan las certezas de la modernidad. Tal panorama se agudiza en las sociedades afectadas por desigualdades dramáticas y aparentemente irresolubles, en las que se movilizan, sin embargo, actores nuevos, con agendas y métodos que revisan críticamente y sin concesiones las experiencias del pasado.

Convergentemente, los discursos y hasta los vocabularios conocidos resultan ya inadecuados para captar conflictos y problemas que se corresponden con las etapas actuales del capitalismo avanzado. Estas cuestiones requieren enfoques y léxicos que expresen adecuadamente las nuevas circunstancias económicas, sociales y políticas. Hoy resulta imposible intentar una comprensión de las prácticas culturales actuales, la redefinida escena política, los horizontes abiertos por la tecnología, las crisis ecológicas, sociales, migratorias y las nuevas estéticas que representan simbólicamente las subjetividades colectivas, utilizando aproximaciones que tuvieron sentido y rendimiento teórico hasta el siglo pasado, pero que van quedando obsoletas en los nuevos escenarios del siglo XXI. Buena parte de las categorías que guiaron el pensamiento crítico en la modernidad plena se encuentran actualmente en entredicho o han caído definitivamente en desuso, debido a su insuficiencia para dar cuenta de la problemática que afecta al mundo occidental desde la caída del bloque socialista. Los intensos y problemáticos procesos migratorios y las reacciones xenofóbicas que los resisten, los impactos de la violencia, la flexibilización de los regímenes de trabajo, los flujos fantasmales del capital financiero, el debilitamiento del Estado y la política partidista, los movimientos sociales, las transformaciones de la sexualidad, la familia y la construcción del género; las modalidades que asumen los procesos calificados de poshumanísticos, posidentitarios y posideológicos, todos requieren nuevas agendas críticas capaces de replantear las preguntas acerca de las concepciones de sujeto, historia, comunidad, poder, cuerpo, ciudadanía y un largo etcétera. A esto se suman los problemas de la interculturalidad, las formas denominadas infrapolíticas, las modalidades innovadoras e informales de movilización social y las transformaciones del mercado, que requieren también nuevas estrategias de análisis e interpretación económica y comunicacional.

Este complejo panorama se corresponde, como no podía ser de otra manera, con modificaciones sustanciales del pensamiento crítico, impulsando

modalidades nuevas de organización del saber. Las dimensiones actuales del latinoamericanismo no solamente se manifiestan en los intentos por comprender la posición de América Latina en el contexto de la globalidad, sino que también se proyectan hacia atrás, poniendo en funcionamiento nuevas aproximaciones crítico-teóricas para la reinterpretación de procesos culturales del pasado colonial, del siglo XIX y de la contemporaneidad, que desde perspectivas diferentes revelan aristas ideológicas, culturales y políticas inadvertidas en estudios anteriores.

En el intento de captar otras voces antes desoídas y por percibir presencias invisibilizadas en etapas históricas anteriores, el latinoamericanismo atiende a materiales muy diversos: discursos testimoniales que expresan puntos de vista no relevados por la historia oficial, materiales de entretenimiento que revelan subjetividades cuyas expectativas no se reducen a las del público modelado por la “alta” cultura y materiales de archivo antes considerados irrelevantes o inasimilables por la historiografía tradicional. Se ocupa, asimismo, de procesos que no fueron registrados por el radar de la historia oficial, modalidades contraculturales de resistencia y búsqueda de alternativas emancipadoras. Con frecuencia, trabaja formas de la memoria que releen el pasado, encontrando en él significados y mensajes que varían y se redimensionan al ser interpretados desde diversas posiciones político-ideológicas.

Las múltiples dimensiones del latinoamericanismo actual demuestran la capacidad de redefinición de este campo de estudio, su flexibilidad y sus principios irrenunciables, su habilidad para renegociar métodos, perspectivas y objetivos, y sus compromisos firmes con los desafíos que plantea la condición poscolonial de América Latina, su impulso emancipatorio y la pluralidad de sus agendas. Recibiendo los impulsos provenientes de nuevas corrientes teórico-filosóficas, como la biopolítica, el estudio de los afectos y los debates sobre las nuevas formas políticas, económicas y culturales que va imponiendo la globalización, el latinoamericanismo analiza sus propios fundamentos, reflexiona sobre su propia historia y asimila, resiste o redimensiona propuestas del presente de acuerdo a sus agendas de investigación y de interpretación social.

Los trabajos que componen este volumen, producto de la labor intelectual y académica de reconocidos especialistas en distintos aspectos de la cultura latinoamericana, dan ejemplos concretos del modo en que se orienta hoy en día el análisis de las temáticas y de las teorías que se utilizan para su abordaje. En estos estudios se evidencian no solamente las posibilidades que abren nuevas direcciones de análisis y de interpretación cultural, sino también los puntos que quedan pendientes para ser repensados, redefinidos y reintroducidos desde puntos de vista diferentes.

En el campo de los estudios coloniales, los análisis que se han venido realizando sobre poscolonialidad y descolonización ponen sobre el tapete conceptos que problematizan y a veces enturbian el panorama crítico-teórico, ya que arrastran connotaciones demasiado marcadas por escenarios históricos y diferentes de los que corresponden al colonialismo que comenzara con la aparición del Nuevo Mundo en el horizonte occidental. El estudio ofrecido por José Antonio Mazzotti esclarece una serie de conceptos principales para el estudio del periodo, que se inicia con las conquistas y se extiende hasta la Independencia, prolongando incluso muchos de sus efectos en la modernidad. Puntualizando los usos y connotaciones de términos como *colonia* y *raza*, cuyas acepciones actuales son inaplicables, sin adaptaciones históricas, a los siglos XVI, XVII y XVIII, Mazzotti ajusta los parámetros a partir de los cuales pueden ser interpretadas las narrativas históricas y literarias que se refieren a la sociedad criolla y a la cultura virreinal. Asimismo, llama la atención sobre conceptos contemporáneos, como el de *colonialidad* (del poder, del saber) acuñado por Aníbal Quijano, el cual se apoya en nociones demasiado generalizadas de *lo colonial* y en la aplicación de la noción de raza a un periodo que más bien correspondería interpretar, como Mazzotti indica, a partir de la categoría de etnicidad.

Más acotado, el estudio de Silvia J. Rocha Dallos se concentra en la enfermedad como alteración del orden colonial y patologización del cuerpo sociocultural colonizado. Se relacionan en este estudio elementos de historia natural y de historia cultural, los cuales se prestan a cruces disciplinarios y a lecturas simbólicas de las dinámicas sociales particularmente en los siglos XVII y XVIII. Estudiando el papel del cuerpo como “re-productor de prácticas sociales y núcleo de experimentaciones científico-patológicas”, el trabajo se detiene en ejemplos que presentan el discurso médico enfrentado a los saberes locales y a las formas tradicionales de concebir el cuerpo y de curar sus perturbaciones físicas o mentales. El estudio de casos que presenta este artículo también evidencia las múltiples articulaciones de las prácticas virreinales con los debates médicos europeos y las formas de elaboración de la *diferencia* (psíquica, corporal, étnica, ideológica) en contextos marcados por la razón imperial y la doctrina religiosa.

Ambos trabajos muestran direcciones centrales en el campo de los estudios coloniales. El primero delimita los parámetros críticos y las categorías que se aplican para abordar los procesos que sigue la sociedad criolla en sus relaciones tanto con los peninsulares como con los sectores subalternos. El segundo interrelaciona las nociones de cuerpo, enfermedad, raza y poder, incorporando en el análisis la textura cultural que enmarca la textualidad discursiva y las prácticas sociales que la rodean.

Los artículos de Ineke Phaf-Rheinberger y de Jens Andermann revisitan, por su parte, categorías conocidas: la de ‘realismo mágico’, en el primer caso, y la de ‘novela de la selva’ y de ‘testimonio’, en el segundo. No obstante, los planteamientos ofrecidos rebasan los enfoques tradicionales sobre estos temas planteando nuevas formas de aproximación a esos conceptos y a las elaboraciones literarias que los retoman. Phaf-Rheinberger se aboca al análisis de los usos y significados del realismo mágico en dos espacios culturales diferentes: África y América Latina, enfocándose en el modo en que la crítica ha abordado las convergencias y discrepancias que se dan en torno a este concepto en ambos contextos. Aproximando textos literarios de ambas culturas, y fijándose en aspectos significativos como la representación del agua, por ejemplo, que remite a problemas reales en ambos continentes, Phaf-Rheinberger advierte en el realismo mágico un puente simbólico que permite pensar juntas realidades diversas y, sin embargo, asimilables a partir de su condición marginal respecto a los grandes centros del capitalismo avanzado. La precariedad socioeconómica así como la influencia de tradiciones populares sobre el discurso letrado revelan formas similares de aproximación crítica a la modernidad y propuestas estéticas también equiparables, surgidas de subjetividades afectadas por la opresión económica, política y social.

En un ensayo de corte biopolítico sobre la representación de la selva en la narrativa y el testimonio latinoamericano, Jens Andermann se adentra en los pliegues estético-ideológicos de una escritura que representa de manera específica las relaciones entre literatura, heroicidad y modernización. Para ello, se enfoca en relatos donde las coordenadas espacio-temporales introducen a los temas de explotación, medioambiente, corporalidad y relaciones de producción, así como a los límites reales y simbólicos de lo nacional. A través de la representación de detalles topográficos, acciones de conquista, actividades guerrilleras, e interacciones interculturales, la selva o la montaña se manifiestan como “zonas liminales”, entrelugares y entretiempos que vinculan una historia de explotación y depredación territorial con un futuro utópico de emancipación revolucionaria. El trabajo de Andermann, además de realizar una contribución insoslayable a los temas que aborda su trabajo, entrega un modelo interpretativo para los estudios de las relaciones entre paisaje, acción, subjetividad e ideología, así como para el análisis de la función de la naturaleza en relación con los discursos modernizadores.

La producción fílmica es abordada por Adela Pineda Franco en el contexto de las revulsivas décadas de los años sesenta y setenta, cuando el Nuevo Cine Latinoamericano plantea alternativas representacionales capaces de traducir en imágenes el intrincado panorama ideológico de la época.

Frente a la perspectiva que define un *nosotros* vinculado al triunfo de la Revolución cubana y al proyecto de expansión revolucionaria en América Latina, como se percibe en *La hora de los hornos* y en *Memorias del subdesarrollo*, ambas de 1968, Pineda Franco analiza ejemplos alternativos, como la película *Terra en transe* (1967), de Glauber Rocha, y *México, la revolución congelada* (1973), del cineasta argentino Raymundo Gleyzer. A través de este análisis se demuestra la eficacia del cine para el planteamiento de posicionamientos políticos y proyectos sociales, y su importancia como dispositivo de interpelación popular y diálogo con los discursos político-culturales dominantes.

Christopher Conway ofrece una reflexión metodológica acerca del estudio del cómic como expresión de conflictos y subjetividades colectivas. Su aproximación resiste la idea de considerar este género como una forma de penetración cultural o de adoctrinamiento ideológico que, partiendo de los Estados Unidos, se impondría sobre las áreas de influencia de esta cultura en América Latina. Más bien, Conway ve el espacio global como un ámbito de hibridaciones que potencian y reinventan lo local, en lugar de borrarlo. Trata de vencer así la idea de que la globalización opera de modo unidireccional e impositivo. Por el contrario, Conway ve en el cómic un modelo integrado y migrante, que no responde a condicionamientos nacionales, sino que más bien cuestiona las localizaciones que limitan su alcance y su significado.

Los artículos de Juan Poblete y Debra Castillo estudian, en distintos contextos, el tema de la migración, el primero a través del análisis de la obra de Héctor Tobar, *The Barbarian Nurseries*, y el segundo enfocando el tema identitario a través de la inscripción del mexicano y de *lo mexicano* en el espacio multicultural de Nueva York. Para Poblete, existe un americanismo nuevo, distinto a las formas históricas que identificaban bajo ese rótulo la identidad de las naciones al sur del río Bravo por oposición a los Estados Unidos. El crítico se refiere más bien a un americanismo que él define como zona de contacto y que corresponde a lo que denomina “condición postsocial” del país del norte, sometido a las transformaciones que derivan de la inmigración y de la globalización neoliberal. La novela de Tobar, entendida como una especie de epopeya colectiva que representa la situación de los latinos en los Estados Unidos, sirve a Poblete para situar la reterritorialización de lo social, lo político y lo cultural, y sus consecuencias y efectos a nivel colectivo, principalmente en lo que toca a inmigrantes indocumentados.

En el estudio de Castillo, la noción de Manhatitlán, que evoca el título homónimo de la obra de Felipe Galindo Feggo publicada en 2010, expresa en la aleación lingüística la combinatoria social y cultural que emerge de

la reterritorialización de individuos y formas de vida que tiene lugar en el corazón de la gran ciudad estadounidense. El trabajo expone argumentos que apoyan la idea de la inexistencia de identidades puras, afirmando en su lugar el incremento de los procesos de hibridación e intercambio transcultural que son cruciales en nuestro tiempo. Analiza para ello imágenes, lenguajes, sonidos, textos literarios, costumbres y referencias icónicas que deconstruyen la idea de *lo nacional*, la cual va siendo modificada por los flujos constantes de la migración, los exilios políticos y económicos y las desigualdades económicas que impulsan a los individuos a buscar oportunidades fuera de su país de origen.

Abordando otro aspecto vinculado a la cultura mexicana actual, Oswaldo Zavala analiza “los imaginarios culturales del narcotráfico”, prestando especial atención al modo en que la crisis de la seguridad pública afecta a la concepción y práctica de lo político y a las formas en que la violencia que emana del crimen organizado es representada por la ficción literaria y por el periodismo. Sobre todo, Zavala atiende a la influencia que han tenido las versiones oficiales sobre el narco, conceptualizado como factor desestabilizador del Estado y como enemigo de la sociedad civil. Estas narrativas, consideradas por Zavala como simplistas e *ideológicas*, constituyen lo que el crítico alude como “las trampas discursivas del securitarismo”, es decir, una argumentación que teniendo como núcleo principal el problema de la seguridad pública, reduce la conflictividad y la historia de la violencia a un enfrentamiento maniqueo y espectacularizado entre las fuerzas del mal y los demás componentes de la sociedad civil. Tales estrategias de representación despolitizan el fenómeno de la violencia e invisibilizan los factores políticos que condujeron a esta situación crítica.

Como es notorio, de una manera u otra, y a través de distintas manifestaciones culturales, la violencia constituye una constante en la historia latinoamericana, ya se trate de la violencia inicial que siguió al descubrimiento y que caracterizó a las etapas de conquista y colonización en América, o de la violencia de la modernización que institucionalizó la exclusión de amplios sectores y naturalizó la desigualdad, el ejercicio autoritario del poder estatal y la discriminación de raza y género. Tales formas de aplicación del poder han impactado profundamente las subjetividades colectivas, las formas de ejercer la ciudadanía y los que Elizabeth Jelin llamara “los trabajos de la memoria”, a partir de los cuales se releva y reelabora la experiencia histórica.

En este sentido, “Maldita memoria” intenta una crítica de la memoria en la cual se analizan diversas formas de apropiación simbólica del pasado común, particularmente del que tuvo como núcleo las dictaduras de los años setenta, periodo que está lejos de haber cerrado sus archivos. La inter-

pretación de las décadas correspondientes a las dictaduras revela distintas facetas según sean los posicionamientos de los grupos de interés que exponen esa experiencia histórica. La memoria constituye, entonces, un campo de lucha por el control simbólico y por la administración del recuerdo y de los significados que se le adjudican. Pero si la violencia de Estado parece monopolizar los análisis del periodo, las acciones provenientes de la izquierda plantean también situaciones polémicas. Para el análisis de este artículo se apela a las reflexiones de León Rozitchner, Alain Badiou, Jacques Rancière, Adriana Cavarero y otros, los cuales van guiando una aproximación al tema ético, que constituye el nudo del problema abordado.

En un plano distinto del análisis cultural, Sara Castro-Klarén ofrece una reflexión amplia y sugerente sobre los temas de la hibridez y la globalización, así como acerca del método comparativo y de la categoría de ‘world literature’, que permiten abarcar la producción simbólica transnacionalizada desde otra perspectiva crítico-teórica. Tomando como punto paradigmático la obra del Inca Garcilaso de la Vega, Castro-Klarén desemboca en el tema de la interculturalidad, ajemplificándolo a través de las propuestas de Néstor García Canclini y de Walter Dignolo. La autora entiende este concepto como referencia a un espacio que posibilita la recuperación de conocimientos y epistemologías indígenas, proyecto para el cual el método del “comparatismo crítico y relacional” puede resultar de gran utilidad.

El tema de la raza y las formas de aproximación al estudio de los afro-latinos constituyen el centro del estudio de Alejandro de la Fuente. Su artículo plantea el problema de las taxonomías como criterios definitorios y clasificatorios que reducen la problemática étnica, racial y social a moldes rígidos y sobrepuestos al carácter y a la subjetividad individual y colectiva. Los afro-latinos existen en espacios simbólico-fronterizos, alega De la Fuente, en los que muchas historias conectan de distintas maneras, impidiendo todo reduccionismo. El estudio reflexiona sobre formas variadas de discriminación y también acerca de diversos modelos de movilización social desarrollados por las comunidades afro-latinas en los Estados Unidos y América Latina. Este análisis enfatiza la importancia de la heterogeneidad de historias, tradiciones y proyectos que hacen imposible uniformizar o simplificar el problema de la raza.

Finalmente, José Guadalupe Gandarilla aborda el fundamental problema de la interrelación entre latinoamericanismo y descolonización. Para ello, analiza aspectos vinculados al desarrollo del campo de estudio que tiene como objeto a América Latina, deslindando variantes posibles en la acotación de ese objeto y en las formas de abordarlo críticamente. Atiende, en este sentido, a distintos momentos y orientaciones del pensamiento crítico, ha-

ciendo referencia a algunas de las direcciones y autores más representativos. Según Gandarilla, este campo de estudios se orienta hacia la deconstrucción de las lógicas coloniales y hacia un replanteo profundo de las bases epistemológicas sobre las que se fundan los procesos de producción de conocimiento.

Los trabajos incluidos en este libro introducen así, a través de estudios paradigmáticos, ya sea de carácter general o más particularizado, a algunos de los temas centrales que ocupan el campo del latinoamericanismo, sin intentar, de ninguna manera, agotar el amplísimo registro que en distintos contextos canaliza el trabajo de miles de investigadores en el mundo académico. Si algo demuestran estos trabajos es la relativización de la ciudad letrada, cuya centralidad se ha visto amenazada por la preeminencia de la cultura audiovisual, la *performance* y el mundo digital. Sin embargo, tal relativización no apunta a la desaparición de la cultura letrada sino a la negociación permanente hacia la que esta se abre, estableciendo relación con otros dominios comunicacionales. Si nuestro tiempo puede ser definido como una proliferación de lenguajes, protocolos, proyectos y formas de afiliación y de (auto)reconocimiento social, el latinoamericanismo no puede menos que absorber y canalizar tal multiplicidad, articulando las especificidades de la historia y las sociedades latinoamericanas a los impulsos globales que marcan el presente. Lejos de implicar con ello el sacrificio de las agendas locales y regionales ante las imposiciones de la globalización, estos procesos indican más bien la búsqueda de escenarios viables de intercambio y de negociación que permitan contrarrestar las nuevas formas de hegemonía y marginalidad con modalidades nuevas de resistencia y de expresión del particularismo cultural, capaces de abrir rutas de emancipación colectiva.

Este libro se ofrece, entonces, como una selección actualizada y paradigmática de aproximaciones críticas y teóricas al amplio espectro de los estudios latinoamericanos, desde perspectivas que trascienden los recortes disciplinarios y que plantean no solamente nuevos interrogantes, sino también preguntas inéditas a los temas que parecían cerrados o resueltos en un pasado cercano. Además de las contribuciones que cada artículo ofrece al lector sobre el tema abordado en cada caso, el libro constituye un muestrario metodológico que se abre a temáticas diversas, provocativas y polémicas.

Agradezco la confianza demostrada por la casa editorial que acoge este proyecto, así como la valiosa colaboración, paciencia y profesionalismo de quienes integran este volumen. Este libro también debe mucho a los cuidados de Silvia J. Rocha Dallos, quien contribuyó a la edición de los textos con sus inteligentes aportes. A ella, mi gratitud. Finalmente, mi reconocimiento a la división de Artes y Ciencias de Washington University in St. Louis por su apoyo constante al Programa de Estudios Latinoamericanos que dirijo y a los proyectos académicos que con él se conectan.